



OBISPO DE CARTAGENA

Clausura del Año Jubilar Hospitalario

SI Catedral, 11 de diciembre de 2018

Sr. Vicario general y vicarios episcopales
Coordinador de lengua española en el Santuario de Lourdes
Consiliario y viceconsiliario de la Hospitalidad Murciana de Nuestra Señora de Lourdes
Queridos sacerdotes
Presidente de la Hospitalidad, junta directiva, voluntarios y enfermos

Queridos amigos.

Es una unión de corazones, sin duda ninguna. Son momentos impresionantes para esta Región, para esta Diócesis de Cartagena y para todos nosotros.

Quería resaltar tres cosas en esta celebración. La primera, la historia de la Hospitalidad de Lourdes en nuestra Diócesis. Cincuenta años que podemos considerar, cincuenta jubilaes. Cincuenta años de enorme trabajo, de ilusiones, de esperanzas, de peregrinaciones a la Virgen de Lourdes, de amigos; de personas que no podían quedarse aquí mientras la peregrinación –entonces en el tren ahora en autobús y avión– va a Lourdes. Cuánta gente ha trabajado en la Hospitalidad de Lourdes en esta aventura de cincuenta años. Cuánta gente. Cuántos enfermos han ido con ilusión, llevando a la Virgen sus penas y sus dolores y cuántos de ellos han venido consolados, no con la cara triste sino todo lo contrario, con una fuerte esperanza. Cuántas obras de caridad se han vivido en estos cincuenta años, cuando los voluntarios han estado ayudando también a las personas que no se podían valer por sí mismas. Cincuenta años... mucho tiempo en la historia de una persona pero que han dejado tras de nosotros una huella imborrable y el mejor testimonio...

Herederos de una historia de amor. Decidme si no ha sido una historia de amor, a pesar de las dificultades, sin duda, y a pesar de todos los sinsabores que se han podido tener, o que nos han venido por las circunstancias de nuestras propias limitaciones. Sin embargo, si hacemos un balance, hay mucho más de positivo, mucho más de alegre, mucho más de gozo en esta experiencia de eterna peregrinación, que otra cosa. Es una historia de amor. Y cuando la historia es de amor las cosas cambian radicalmente. Menuda aventura esta de sacar la peregrinación. Cuando todo comenzó había que mover muchos hilos, sin embargo, todo puede resumirse en una palabra: esperanza. Cincuenta años de esperanza o cincuenta años de alegrías. Imposible poder enumerar a tanta gente que ha trabajado como voluntaria, imposible enumerar a tantísimos hombres y mujeres que han ido como peregrinos y cuántos enfermos a lo largo de estos cincuenta años. Para todos ellos, para todos los que han trabajado en la sombra muchas veces, en silencio otras tantas, para todos: Ave María.

El segundo punto son las peregrinaciones, encuentros, vigiliyas, rosarios, candelas... que se han llevado a cabo con motivo de este Año Jubilar Hospitalario. Un jubilar que se ha vivido en toda la Diócesis. La Virgen peregrina ha pasado por casi todas las parroquias de la Diócesis, al menos todas las zonas pastorales y en todas ha habido una oportunidad de poderse acercar a la Virgen peregrina de Lourdes, a Nuestra Señora. Cuánta gente ha participado en estos acontecimientos. Acción de gracias a la Santa Sede, porque ha sido la Penitenciaría Apostólica, la que ha concedido el Año Jubilar que solicité para este acontecimiento, sin duda ninguna, sin par. Con ilusiones y esperanzas. Ha sido un año de acción de gracias, lo ha dicho en sus palabras al comienzo de la celebración el presidente de la Hospitalidad. Un año de bendiciones, de acción de gracias, un año para guardarlo en el corazón.

Se ha vivido con emoción una peregrinación a María, pero en este caso al revés. No hemos ido nosotros a la Virgen María de Lourdes, ha sido Ella la que ha venido a nuestra casa, a nuestro hogar, a nuestras parroquias, a nuestras zonas, a nuestras vicarías, en definitiva, la imagen de María ha peregrinado a nuestro corazón, ha peregrinado a nosotros. Y desde nuestras sedes, pueblos, barrios, ciudades, etc., se han vivido momentos de júbilo, de alegría y de gozo. La Virgen peregrina ha recorrido más de 1.400 kilómetros para estar con sus hijos en este Año Jubilar; se le han dedicado 1.011 actos con 374 Eucaristías y 66 misas jubilaires; 57 charlas o conferencias; 97 procesiones; 35 celebraciones con el Sacramento, Jesucristo, el Altísimo en persona en medio de nosotros invitándonos a la oración y a la bendición y a la acción de gracias; 33 unciones de enfermos; 60 celebraciones de vía crucis, oraciones y diversas actividades también de piedad popular; 6 conciertos; 8 exposiciones; 27 visitas a las residencias de ancianos; y 20 actos especiales –entre ellos, tengo que destacar la Medalla de Oro que la Región de Murcia concedió a la Hospitalidad de Lourdes–.

Todo esto, que parecen tan solo números, está significando que durante este año la Virgen no ha estado sola, no puede estar sola porque son muchos ojos los que quieren verla y muchos corazones que han palpitado al encuentro con Ella. Es imposible contar, en las celebraciones que ha habido, la gente que al mirar a María ha descubierto cómo reconciliarse con Cristo en el sacramento de la Penitencia. Por eso podemos decir: tenemos la dicha de haber vivido unas misiones populares en toda la Región de Murcia con motivo de la visita de la Santísima Virgen de Lourdes. Y al mismo tiempo, esta imagen ha activado la ternura por el encuentro con la Madre, nadie se ha quedado con los brazos cruzados, siempre ha tocado el corazón y siempre ha hecho acto de presencia en nuestras vidas y en la vida de esta Iglesia que peregrina en la Diócesis de Cartagena.

En tercer lugar, me gustaría resaltar el privilegio de tener las reliquias de Santa Bernardette Soubirous. Una mujer que tuvo la gran dicha de poder ver con sus ojos 18 veces a la Santísima Virgen. Ella no se lo podía creer, pero fue señalada por Dios. Y, ¿a quién llamó el Señor? ¿A quién se le apareció la Santísima Virgen María? Pues mirad, una persona que, desde bien niña, antes ni siquiera de poder ver el sol del día, ya estaba presta para ayudar a su familia que vivía en la más absoluta pobreza, recogiendo leña para después venderla.

Cuando se le aparece la Virgen y le habla del misterio de la Santísima Trinidad no sabía qué era eso, no tenía nociones ni siquiera de catecismo, no conocía nada más que lo que desde pequeñita había vivido, el rezo del Rosario, era su única arma para encontrarse con el Señor y sentirse segura. No conocía más, no tenía más conocimientos. Pero no por eso

era menos feliz, supo agarrarse fuerte a aquél que le llevaba adelante como en volandas, a nuestro Señor, y la Virgen vino como un regalo grande para ella. Dios le enseñó a convertir su vida, dentro de los lamentos, en una bella canción. Para nosotros es un modelo, sin duda alguna, porque tampoco estamos exentos de problemas, de dificultades, de los trajines de cada día. Hacer la cruz gloriosa. Porque cruces llevamos todos, pero hacerla gloriosa eso es solo de héroes, eso es solo de santos, eso es solo de gente que se fía de Dios. Ella se fío de Dios y alcanzó este premio tan extraordinario: convertir su vida en una bella canción a Dios.

Mujer entregada a Dios por medio de María desde el silencio, desde la humildad. Una santa que, inmediatamente después de la experiencia del encuentro con la Virgen, se fue a un convento. Quiso vivir para Dios del todo. Y ahí dedicó los pocos años que tuvo de vida, pues murió a los 35 años, al Señor. ¿Y qué hizo en el convento? Rezar y cuidar de sus hermanas, orar, cantar a Dios y cuidar de sus hermanas, especialmente con una atención muy dedicada con las enfermas, con las que más le necesitaban. Bernadette nos enseñó a hacer las cosas con amor y sin protestar, hasta los trabajos más humildes. Cualquiera hubiera pensado: “siempre me toca lo mismo” o “siempre me toca lo peor”, “siempre me toca lo insignificante”; a ella no le importaba. Hacía lo insignificante con la misma grandeza y con la misma alegría que cualquier otra cosa, es más, buscaba lo insignificante. ¿Sabéis por qué? Porque ella no buscaba recompensa personal, no se iba a poner ninguna medalla, no quería hacer las cosas para que le reconocieran, le aplaudieran o le alabaran lo maravillosa que era. No. El centro de su atención era la gloria de Dios y para conseguir la gloria de Dios, decía no hay que hacer grandes cosas: lo que tengas que hacer hazlo con amor. Yo creo que esto también es una lección para los hombres y mujeres de hoy, especialmente los cristianos: haz lo que tengas que hacer con amor. Es la clave esencial de una persona que ésta construyendo la santidad. Bernardita supo que la gloria que había recibido no le eximía de ser una buena cristiana, porque ella podría haber utilizado esto en el convento para quitarse de en medio los trabajos y nunca lo hizo, todo lo contrario, buscó siempre servir y estar dispuesta, porque para ella el amor a Dios y el ser buena cristiana le obligaba a estar siempre disponible, atenta y útil para todos. Por eso, rezó por la conversión de los pecadores, no se olvidó de aceptar el sufrimiento con amor, con sencillez y con humildad, y aceptó plenamente la invitación a la revelación que le hizo la Virgen María: “aquí en la tierra no te librarás de sufrimiento, no te librarás de la cruz, la alegría te vendrá cuando estés en el cielo”. Y lo aceptó, sin tormentas, con gusto. A mí me interpela mucho esto. A mí me interpelan mucho estas cosas.

Para la causa de canonización, tuvieron que exhumar sus restos y apareció exactamente igual que cuando se enterró, incorrupto. De su cuerpo está una parte aquí, que nos ayuda a entender que ha sido un personaje vivo, una historia y una persona viva de carne y hueso, que no es un mito, sino alguien que ha vivido esta experiencia con un gran gozo.

Y en cuarto lugar, para terminar, sólo deciros: alegraos en el Señor. No os vayáis de aquí sin haberle dado una oportunidad al corazón de decir, “Señor gracias. Gracias porque no me puedo quejar. Es verdad que soy mayor y tengo muchos años, o tengo enfermedades, o tengo historias, cada uno sabe, pero te tengo a ti y no necesito más”. Tengo a Dios y me basta. Eres tú, Señor, el norte de mi vida, el sol que ilumina mi historia, eres tú Señor el que me has enseñado a ser todo para todos y serlo con generosidad, con ilusión, como un voluntario de la Hospitalidad de Lourdes. Como una persona que se pone la camisa esa de mil rayas o la bata y el delantal blanco. Es una maravilla ver la cantidad de personas, grandes, extraordinarias, generosas, alegres y maravillosas, no solo con el uniforme de la

Hospitalidad de Lourdes sino en la propia vida. Estad vigilantes, pues tenemos que andar todos con cuidado, porque dice San Pedro, en la primera carta, que el demonio, “como león rugiente anda buscando a quién devorar” y si te apartas de Dios estás perdido.

Mantened la alegría siempre, conservadla en el corazón y que nadie os la robe, porque es importante. Ahora más que nunca se necesita gente con un corazón alegre y bien dispuesto a servir, como una persona que es hospitalaria en la Hospitalidad de Lourdes.

Que Dios os bendiga.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena